

9 febrero 27 86

La Risa

PERMUTACION
MUNICIPAL
MADRID



30
cents

—Anda, pruébate este otro que tiene un color muy bonito...
— ¡Pero por Dios, mamá, no te empeñes, tú ya sabes que este es el
«café» que me quita el sueño!..

Dibujo de R. SERNY.

No deje usted de comprar el Número-Almanaque de La Risa

que se pondrá a la venta en toda España el día 23 de diciembre de 1923.
Pasará usted un rato delicioso. Váyase fijando las estupefacientes cosas
que contendrá, y todo por la insignificante cantidad de 60 CÉNTIMOS.

PORTADA Y PLANAS A TODO COLOR DE
TOVAR, K-HITO Y TITO

Infinidad de caricaturas de formidables dibujantes.

LOS DOCE MESES DEL AÑO

por MARQUEZ, AREUGER, GARRIDO, GARRÁN, MEL, CASTI-
LLO, GARCÍA CUERVO, SERNY, GALINDO, CUÉLLAR, LÓPEZ
REY y ORTIZ

ARTÍCULOS Y POESIAS

de JOAQUÍN BELDA, ALVARO RETANA, FERNANDO LUQUE,
LUIS ESTESO, E. RAMÍREZ ANGEL, A. R. BONNAT, LUIS
ELÍAS, FEDERICO TORRES, BLAS-KITO, PORTILLO, NICOLÁS
DE SALAS y otros.

■ ■ ■ ■ ■ ■

CHISTES, COLMOS, CHASCARRILLOS,
ANÉCDOTAS, PASATIEMPOS, ETC.

RESULTADO DEL CONCURSO



FERNANDO LUQUE

El popular y celebrado novelista, que ha obtenido el segundo premio de
1 . 0 0 0 P E S E T A S
en el concurso de novelas de la BIBLIOTECA DE «LA RISA», con su obra
LA VUELTA DEL MARIDO PRODIGO
que aparecerá hoy, día 9 de diciembre, con un prólogo de ALVARO RETANA.
PRECIO: 25 CÉNTIMOS

E L P U B L I Q U I T O

POR QUÉ aquí, y únicamente aquí, la mayoría del público que asiste a los teatros lo hace con el espíritu propicio a la lucha?

Al teatro se puede ir con ánimo de pasar el rato o con el propósito artístico de timarse con Fulanita, a la cual sabemos de antemano ubicada en el palco platea número tal; lo que no se concibe es que al teatro se vaya como quien va a una cacería; es decir, dispuesto a cobrar el mayor número de piezas posibles. Y entiéndase por piezas las equivocaciones del actor o los defectos de la obra.

Y no me refiero al público de los estrenos; ése, la cacería en que se dispone a tomar parte, es una verdadera cacería de fieras. A ella se va armado hasta los dientes, ¡y con qué armas!

Pero aun en las funciones corrientes hay casos inefables; oíd éste, escuchado por mí, y que es absolutamente verídico: Lugar de la acción, unas butacas de la fila quinta de uno de los teatros más céntricos y elegantes de esta corte; es una función de tarde, y en la escena se sirve un espectáculo realmente selecto. Al empezar la obra, la primera figura de la compañía tiene que poner la mesa; la buena mujer, mientras representa su papel, extiende sobre el tablero la albura de un mantel.

Y aquí empieza lo inefable.

Una señora, ocupante de una butaca cercana a la mía, dice al caballero que la acompaña:

—¡Qué horror! Fíjate cómo ha puesto esa mujer el mantel; por aquel lado cae mucho más que por éste.

No fué una frase suelta. Habían pasado

unos tres minutos y la señora volvió a la carga:

—¡Hay que ver ese mantelito! ¡Parece mentira!

El espectáculo seguía ante la complacencia general; pero pasado el comentario de aquella dama todo estaba de más: el Arte, la labor honrada de los intérpretes, la belleza de la escena; para ella—cuyos pies beso desde aquí—no había más que la defectuosa colocación del mantel. Un camarero experimentado habría sido su ideal de arte en aquel momento.

La obra tenía tres cuadros, y el segundo no era más que una interrupción en forma de sueño de los otros dos; al empezar el tercero se reproducía la escena del primer cuadro, y, por lo tanto, allí estaba la mesa con su mantel. ¡Y aquí fué Troya!

—¡Jesús! Mira ahora el mantel—dijo a gritos aquella dama—. Antes caía por aquel lado; ahora, cae por éste. ¡Se ve que se ha movido solo!

¡Pobre señora! A mí me produjo verdadera pena. Tanto más cuanto que su espíritu implacable para censurar aquel pormenor contrastaba con la dulzura de su carácter, ampliamente demostrado en sus conversaciones de los entre actos.

Y digo yo: ¿No habría medio de corregir todo esto, que en el fondo y en el sentido amplio de la frase no es más que falta de educación... en personas bien educadas?

Como yo no vivo del teatro, tengo libertad para hablar así.

¿No podría el Directorio remediar esto? Porque si el Directorio no lo remedia...

JOAQUÍN BELDA

LA CAZA

LA caza es el arte de cazar, y cazar es el arte más aburrido del mundo.

Yo puedo hablaros de la caza, porque duermo con un ojo abierto como las liebres; tengo ojos de pollo y se me pone carne de gallina.

Nada tiene que ver el cazo con la caza, aunque yo cazo desde que cumplí quince años. Sin embargo, la caza se puede cazar y se puede freír en un cazo.

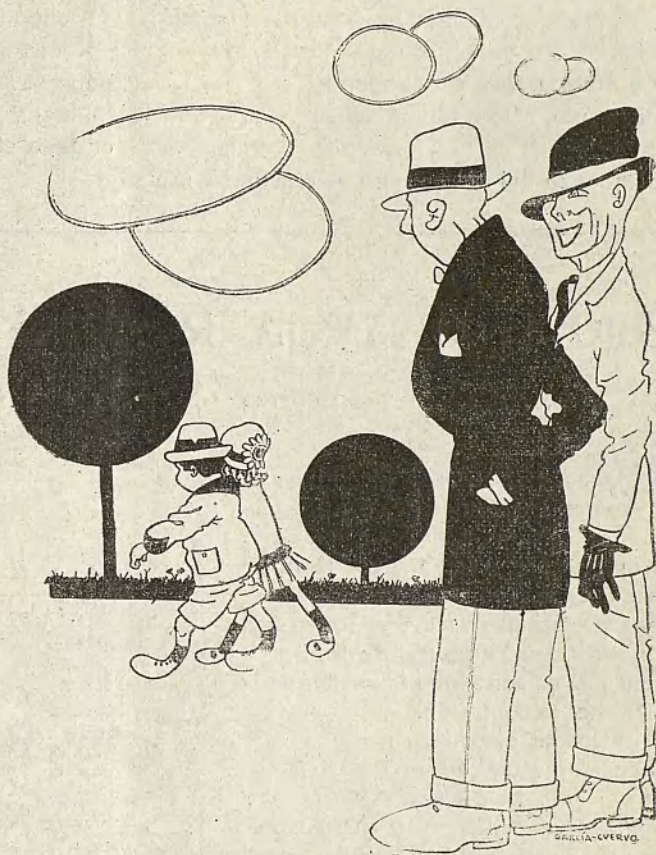
La escopeta es el arma preferida del buen cazador, y no el garrote; darle garrote a una liebre me parece algo macabro. Lo que se puede hacer con el garrote es pescar peces, y decir aquello de: «Pocos pesco; pero al que pesco, lo joróbo.» El cazador debe tener buena puntería y su perro correspondiente. Llevará un joven ojeador para las batidas, y cuando se agazape la caza, la debe levantar el joven batidor.

Hay varias clases de caza. Entre ellas la caza con pelo y la caza con pluma. No me refiero a la caza literaria. La caza con pelo es más costosa, pues cuando están en la pelecha nos suelen desplumar.

Para coger un conejo no hay que correr, porque, si se cae uno, en lugar de un conejo coge una liebre.

Hay quien caza con reclamo, como si se tratase de anunciar un específico. A la codorniz hay que cazarla dándole los golpes de costumbre.

El mejor golpe para cazar zorros es enseñarle al macho una hembra... La hembra del zorro se deja cazar fácilmente; pero



—¿Pero esos dos nenes tienen relaciones formales?
—¿Formales? ¡Has a se opone la familia!

Dibujo de GARCÍA CUERVO.

luego se hacen las vivas y le dejan a uno sin una pluma.

Antiguamente las mujeres españolas se dedicaban a la caza del castor; yo he visto algunas cazadoras de castor con guarniciones negras.

Las americanas han desterrado a esta clase de cazadoras. Sin embargo, hay que cazar con una buena cazadora, si hace frío, para no constiparse, y si hace calor, hace uno lo que quiere con la cazadora.

Es malo comprar perdices y decir que son debidas a su puntería.

Y también es malo que sean *aebiaas*, porque a lo mejor vienen a cobrar y todo se descubre.

La liga no sirve para la caza del oso, y si se mata un macho, hay que tener mucho cuidado con la hembra, que ventea la muerte y anda detrás del cazador.

Por eso, si los perros ladran, es que *anda la osa*.

La caza del murciélago se efectuará con

reclamo, y si no acuden, es que están disgustados.

El morceguillo es menos substancioso que el cerdo, a pesar de su ligereza en el vientre.

Debe ser horrible que se le moje a uno la pólvora y que le salgan los tiros después de haberse ausentado los volátiles. Por eso lo mejor es cazar a mesa puesta, que nunca falla el tiro.

Luis ESTESO

SOLO PARA SEÑORAS

TODO DE COLOR DE ROSA

Yo estaba sumamente contrariado por no contar, hasta la fecha, con ningún libro mío que, por su orientación inofensiva, pudiera ser entregado oficialmente en manos de las mujeres llamadas «decentes», o de esas otras que sin serlo disfrutan categoría de tales, y ponen de su parte todo lo posible para mantener la confusión.

Me consta que mis anteriores producciones, si bien no son las más apropiadas para ser declaradas de texto en los colegios de las madres Ursulinas, han sido saboreadas despaciosamente y febrilmente por gran número de hijas de Eva, de una indiscutible honorabilidad; pero también me consta, que las interesadas se han visto precisadas a leerme extraoficialmente, a escondidas de sus esposos, hermanos, padres, novios, primos, cuñados y demás parientes. La que más y la que menos, ha experimentado sensaciones inolvidables devorando las páginas de *El octavo pecado capital*, *La carne de tablado*, *El crepúsculo de las diosas*, y otros volúmenes diabólicos en que la moral aparece con el pelo suelto y el corsé debajo del brazo.

Demasiado comprendo el horrible sacrificio que significa para muchas damas—por respetables y respetadas que sean—quedarse sin leer novelas como las anteriormente citadas, en que



—¡Pobre hombre! Se estará muriendo de hambre por no tener qué comer.

—¿Cómo que no? ¡Si tiene delante una barra!

Dibujo de LOPEZ REY

toda locura tiene un asiento y toda inmoralidad fácil acomodo. No pretendo negar mi predisposición a describir escenas libertinas; pero tampoco quiero guardar silencio ante el entusiasmo con que éstas son recibidas por gran núcleo de señoras austerísimas, modelo de virtudes y ecuanimidad, que se apresuran a conocer mis «novedades» con la sana y leal intención de documentarse en el pecado y no incurrir—sin darse cuenta—en plagio o coincidencia con las heroínas de mis libros.

Ahora bien: el que «muchas» damas irreprochables dominen mi literatura no equivale a decir que «todas» la conozcan. Existe, también, una compacta masa de señoras «bien», víctimas de prejuicios disculpables, que cuando ven un libro mío se santiguan, y antes de leer sus páginas de dejarían lapida. Me libraré muy bien de decir que, quienes así proceden, son unas mujeres despreciables, amancebadas con la rutina, y en pugna con la civilización. Respeto las convicciones ajenas para que se respeten las mías, y si para una honrada madre de familia resultan antidigestivas las novelas picarescas, es arbitrario reprocharla que se abstenga de leer a los escritores que cultivan el género galante.

Pero como es verdaderamente sensible que ciertas damas integérrimas se vean privadas de tener en su gabinete un volumen mío, porque ninguno de los publicados hasta la fecha puede colocarse junto a los de Martínez Sierra, García Sanchiz, y otros literatos feministas redomadamente hipócritas, que se pasan el día hablando mal de las mujeres y luego editan libros para ellas, prodigándolas «coba fina»; he aquí por lo que he decidido lanzar un volumen muy currutaco y peripuesto, con destino a las hijas de Eva, cuya reputación se conserva inmaculada.

De hoy en adelante las señoras decentes, podrán ufanarse de haber traído a la buena senda a un novelista rebelde y libertino; porque *Todo de color de rosa*, libro editado por la casa Atlántida, es mi tributo a la Moral y a las damas honestas. Creo que no he vertido en este volumen ninguna idea antigubernamental ni atentatoria a los sagrados estatutos del hogar doméstico. Es «todo de color de rosa», y su literatura endulzará, suavizará y dilatará los temperamentos femeninos. Aspiro a que las pocas ciudadanas que no me cuentan entre sus clásicos, cesen de mirarme con prevención y me perdonen esas novelas deliciosas y nefandas que he publicado ante las majestuosas barbas de la opinión pública; que me sirvieron de escalera para



—Haces mal, Mercedes, en enfadarte por lo que te digan en los anónimos.

—¡Si todos hicieran lo que yo!

—¿Y tú que haces?

—Yo? Ni siquiera los abro.

Dibujo de FONASOL.

alcanzar la popularidad, y merced a las cuales me achicharraré en las calderas de Pedro Boiero, si el tiempo no lo impide.

Dedico, pues, este volumen frívolo e inofensivo a las viudas que continúan, por fuerza o voluntariamente, fieles a la memoria del difunto, muy amado y disfrutado; a las casadas cumplidoras de sus molestísimos deberes y que si no aman a su marido sobre todas las cosas, procuran aparentarlo; a las jóvenes completamente solteras y sin mixtificaciones cinematográficas, y en general a toda hijas de Eva que, públicamente, con mayor o menor fundamento, disfrute de intachable reputación y que en razón de buen nombre, no pueden confesar abiertamente que leen mis novelas.

A este nutrido grupo de mujeres «bien», dedico mi última obra, recientemente aparecida, aprovechando la ocasión para felicitarlas por su heroica permanencia en el buen camino, donde deben continuar escasilladas para ejemplo de esta generación tan pervertida.

No tengo ningún inconveniente en besar los

perfumados piecitos de mis nuevas lectoras, a las cuales admiro y deseo una variada clase de gratas emociones durante la lectura de este volumen, «todo de color de rosa», como los sueños de las criaturas que aun desconocen las tragedias de ese fantasma de humo que llamamos Pecado...

ALVARO RETANA

EL SERENO

SERENOOOOO...

Una lucecilla se mueve a lo lejos, se pierde, vuelve a aparecer. Se distingue una masa gris, casi siempre gigantesca, que lleva sobre el vientre una luz y una especie de armamento extraño. Se acerca, os mira; un saludo que tiene cadencias galaicas precede a un chirrido. Abrese el portal, tenebroso con su fondo oscuro e inquietante. Depositáis una moneda en aquella mano que tiene la facultad omnímoda de facilitaros la entrada, y os hundís en la casa en tinieblas.

A vuestra espalda un nuevo chirrido es como

la prueba indubitable de vuestro encierro. Ascendéis por la pina escalera, entráis en vuestra habitación y sólo entonces respiráis tranquilos, ¡Respirar tranquilo! Cierto que os creéis libres de las garras de ese carcelero que se llama el sereno; pero si sois casado y la madrugada va vencida, y el pretexto de vuestra salida no ha buscado la complicidad de un *velatorio*, estáis más propicios a *expirar* que a *respirar*; y si aún sois pollo imberbe y el permiso del *páter familia* marcaba, ¡cómo no!, la temprana hora del regreso, entonces..., ¡ah, entonces!, vuestros calcetines barrerán el polvo de las escaleras, pendientes los zapatos del hombro como si creyerais tener necesidad entre los escalones de vadear un riachuelo imaginario y temierais por el lustre de vuestro calzado.

El sereno, en tanto, sigue su labor de apertura y encierro, repartiendo chirridos a instancia de palmadas estruendosas y de palmadas insistentes.

¡Da miedo pensar que si los serenitos fueran criminales siempre tendrían la agravante de la nocturnidad!

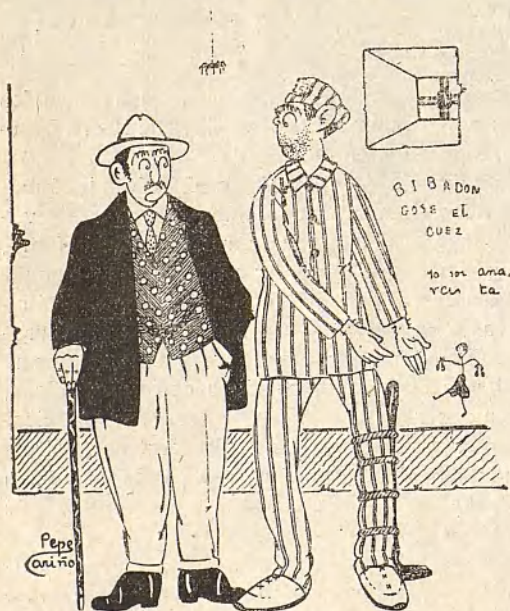
Jamás de día, ni aun transformado ya en *persona*, percibís a un sereno. El bullicio de la calle, el clamor de las gentes, el ronco sonido de las bocinas y el estruendoso escape de las motocicletas (el medio de locomoción más vanidoso que se conoce hasta que se inventen las pianolas con *side car*) son el arrullo de su sueño; la *nana* gigantesca que le canta la actividad diurna.

Son como la fauna de la noche ciudadana, la única especie equilibrada entre los seres que pululan a través de la obscuridad. Tienen una grave misión que cumplir. Sin ellos, cosa extraña, muchos dormirían al *sereno*.

Caco es el más mortal enemigo de este hombre, ganzúa legal.

Pero en medio de la tristeza de su trabajo, que nunca tiene un rayo de sol que lo patentice con claridad, el sereno tiene suerte: ¡Se acuesta con la Aurora!

ANTONIO GONZALEZ MORAN



¿Usted cree que yo puedo pegar un ojo así, señor juez?

—Ya daré orden de que lo desaten para que pueda dormir a pierna suelta.

Dibujo de PEPE CARIÑO.



EL PARROQUIANO.—Mira, Eleuterio, eso de que remates suertes del toreo siempre que me sirves, me vá oliendo a cuerno quemado, ¿sabes?

EL OFICIAL.—Pues se quema usted por bien poca cosa, señor.

Dibujo de AREUGER



SUENAN los claros clarines como gallos tenores, cuando ya el sol asomó la nariz por allá. A las puertas del castillo, que no es gótico ni exótico, danzan, suspendido todo en una cuerda, camisas, enaguas y calcetines. Y suenan más los claros clarines. La servidumbre del castillo levanta los cierres de éste y lava sus portadas. Los comercios comienzan a respirar al abrirse sus puertas. Una enorme jauría aparece, y sin temor a los perreros saltan todos los canes, ¡algunos ya con canas!, llenos de enjundia.

El conde Bartolomé Plín sale de caza, pues se muere por la pesca.

Van llegando damas y caballeros, casi

todos con trompetas e interpretando *La montería*. Vienen sobre briosos corceles, relucientes *motos* y monísimos *patinettes*.

En esto están cuando llega el cartero del distrito tocando una bocina para que acudan a por la correspondencia. El cartero, que es de Valladolid y nieto de una gitana coja, entrega unas cartas al señor conde y desaparece. Léelas éste por encima y después arrójalas al alto, pues carecen de interés. Y ordena la marcha.

Suenan otra vez las zambombas, digo los clarines claros. Relinchan los caballos, trepidan las *motos* y los *patinettes* murmurarán suavemente al deslizarse sobre sus minúsculas ruedas, rebozadas de vaselina...

Simón Cabrita, uno de los cazadores, que es diputado a Cortes y que tiene una señora que se muere por los *chaufers*, acerca su borrico al caballo del conde Bartolomé.

—¡Hola, señor conde!

—¡Ole, Simón! ¿Qué hay?

—Nada nuevo. ¡Lo de siempre!

—¿Tu mujer...?

—Sí. ¡Mi mujer!... ¡Estoy desesperado!

—Paciencia, hombre. Recuerda que Cristo perdonó a la mujer adúltera...

—Sí. ¡Pero no era la suya!

Callan el conde y el diputado. La marcha se verifica tranquila.

Transcurre un cuarto de hora, y a los diez y seis minutos se oyen algunos gritos.





El conde pregunta lo que ocurre, interrumpiendo la conversación que sostenía, enfrascado, con Frasquita, sobrina de uno de los cazadores y ex tanguista.

—¿Qué pasa?

—¡Casi nada!—responde uno—. Que Cabrita tira al monte. ¡Vedle cómo corre con su caballo por allí!

—¡¡Por Alá!!

—¡No! ¡Por allí! Debió ver alguna pieza. Ya le alcanzaremos.

—Bueno.

Prosigue la marcha, en parte detenida.

El señor conde, ahora solo, va pensativo, y por eso piensa si Cabrita, el infeliz diputado, se irá a suicidar por culpa de su señora. Y como el señor conde cree que es lo mejor que puede hacer Cabrita, se despreocupa del asunto y se pone a fararear un tango.

* * *

Ha comenzado la caza. El éxito es con todos.

Persiguiendo a un conejo rubio va el conde Bartolomé Plín. Salta unas matas, pierde de vista al conejo y..., ¡ah!, se encuentra al diputado, que, al ver al señor conde, se arrodilla ante él y pídele perdón, un perdón que le deja a Bartolomé más frío que un refresco, pues ignora a qué se debe aquel arrodillamiento.

—¡Perdón! ¡Perdón, conde!

—¿Perdón?

—¡Sí, conde, perdón!

* * *

¿Por qué pedía perdón Cabrita? Muy sencillo. Cabrita tenía relaciones prohibidas—prohibidas por los maridos—con la señora del conde, pues no sólo le gustaban a la condesa los *chaufeurs*. De estas relaciones estaba al tanto Frasquita, que, por asustar al diputado, le había dicho que iba enterar al señor conde de todo. Por eso, Cabrita, al ver que el conde hablaba con Frasquita durante la marcha, creyendo que se lo estaba contando todo, salió corriendo hacia el monte, y allí permaneció llorando a mares por las cosas que le ocurrían, hasta que le sorprendió el conde, que, ignorante de las relaciones de su mujer con el diputado, se quedaba extrañado ante un perdón que no comprendía.

Cabrita, al ver que nada sabía el conde, dió a éste un abrazo, y... según dice la leyenda, desde entonces se conocen los dos cazadores de piedra con cabezas de ciervo, que se pueden admirar en el monte Flemón, de Chicago-Fuentecilla, y todo el que no pueda realizar un viaje tan largo, puede documentarse sobre este asunto en *La mitología en chungu y en papel satinado...*

NICOLÁS DE SALAS

Balneario de Colmenar de Oreja, 1923.



MAS LISTA QUE CARDONA

EN un pueblo de la provincia de Toledo habita un honrado matrimonio. Antonio «el Leñador» y Petra «la Lista».

Cierta día, cuando Antonio regresaba a su casa con su borrica cargada de leña, se encontró un pequeño saquito lleno de monedas de oro que perdieron unos turistas ingleses. Antonio, sin pararse a mirar lo que contenía, se lo metió entre la faja bien ajeno de que se había encontrado casi una fortuna. Así que llegó a su casa, entregó a su mujer el saquito, diciendo:

—Mira eso; me lo he encontrao en el camino cuando venía de regreso.

La mujer, así que tuvo el saco entre sus manos, no hacía más que mirarle por un lado y por otro sin atreverse a desatarlo.

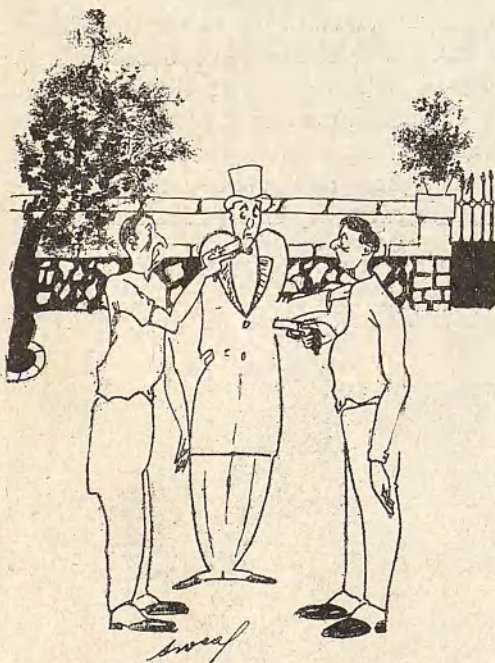
Antonio la decía:

—Anda, desátalo.

—¿Sabes que pesa? ¿Qué será?

—Yo no lo sé; pero desátalo y saldremos de dudas.

Por fin Petra se decidió a abrir el saquito, y al contemplar las monedas, una exclamación



—Ahora se separan ustedes y yo daré las palmadas, y a las tres disparan.

—¡Quiá hombre! Sí a las dos tengo yo que estar en casa.

Dibujó de ARO CA.

iba a dejar escapar, pero se repuso enseguida y se echó a reír con todas sus ganas.

—¿De qué te ries así? —preguntó Antonio.

—De que tiene mucha gracia tu encuentro.

—¿Qué es?

—Que a de ser hombre; verás como tú también te ries. Lo que te has encontrado es sencillamente un taleguillo de botones sin asa.

Antonio soltó una gran carcajada y se dirigió hacia el corral a desaparecer la borrica y meterla en la cuadra.

Petra escondió las monedas en el sitio más oculto de la casa, pensando:

—Como este Antonio es tan bueno como simple, si le digo que son monedas de oro es capaz de decírselo a todo el pueblo.

Ahora hay que buscar una estratagema para que Antonio no vaya mañana al monte, porque el que lo haya perdido no dejará de ir a buscarlo.

Petra no pudo dormir en toda la noche buscando el medio de que Antonio no fuera por leña. Así, que mientras su marido dormía, ella se levantó sin que Antonio lo notara y se puso a hacer buñuelos en gran cantidad, que esparció por el corral, como si hubieran caído del cielo. Luego se metió en la cuadra, ató el ramal muy corto a la borrica para que tuviera la cabeza muy levantada; puso delante de la burra y encima del pesebre, un libro muy grande abierto, que cualquiera que lo hubiera visto creería que la burra estaba leyendo. Hecho todo esto se volvió a la cama, donde Antonio seguía durmiendo.

Antonio se levantó con el alba y salió al corral, quedándose con la boca abierta al ver tantos buñuelos esparcidos por el suelo. Salió corriendo hacia la alcoba llamando a su mujer a grandes voces y zarandeándola.

Petra hizo que despertaba sobresaltada.

—¿Qué ocurre que me das esos gritos y esos meneos? —preguntó.

—Que te levantes y vengas conmigo al corral. Ya marido y mujer en el corral, Antonio dijo:

—Mira.

Petra, toda asombrada, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—Pues que han llovido buñuelos esta noche.

Y sin decir más se dirigió hacia la cuadra, quedándose en la puerta más tieso que un poste y sin poder articular palabra. Petra que le observaba le dijo:

—¿Qué te pasa?

Él, sin poder hablar, la hacía señas para que

se acercara. Petra se aproximó y se quedó en la misma aptitud que su marido, Ambos se miraban como tontos.

—¿Qué te parece? Antes los buñuelos, y ahora nos encontramos con la borrica diciendo misa.

—¡Qué cosa más grande!— decía Petra—. Esto hay que celebrarlo, Antonio mío, hoy sin duda es un día muy grande.

—Sí que debe serlo—repetía Antonio—, y así de que venga del monte hemos de celebrarlo.

—¿Has dicho de que vengas del monte? ¿Pero es que piensas ir por leña?

—¿Y por qué no?

—Pero hombre, ¿no comprendes que caerías en pecado mortal si quitas a la borrica de decir misa?

—Tienes razón, no iré al monte.

—Muy bien—dijo Petra.

—No iré al monte con la borrica, pero si iré solo, y si no traigo más traeré menos.

Petra, conociendo a su marido y sabiendo lo testarudo que era, no dijo más y se metió en la casa suspirando.

Apenas llegó Antonio al monte, cuando se dió de manos a boca con la pareja de la Guardia civil y dos señores que con la pareja iban. (Excusamos decir que los señores eran los turistas.

—Buenos días, Antonio—dijo un guardia—y antes que Antonio contestara al saludo, el mismo guardia dijo a los señores:

—A propósito: Este hombre es un honrado leñador que no falta ningún día al monte, quizá nos pueda dar razón sobre lo que buscamos, y dirigiéndose a Antonio empezó diciendo:

—Antonio, estos señores perdieron ayer un saquito.

—Un saquito, ¿con qué?—preguntó Antonio.

—Con monedas de oro—dijo uno de los señores.

—Entonces no, porque yo me encontré un saquito, pero con botones sin asa,



—Disen que es un matrimonio flamenco.

—¡Qué han de ser! Ahí no hay jechuras ni ná.

Dibujo de LÓPEZ RUIZ.

—Eso—dijo uno de los guardias—. Tráe'o.

—Yo no lo tengo, se lo dí a la Petra, mi mujer.

—Pues andando.

Y todos marcharon en dirección a la casa de Antonio.

Así que Petra vió llegar a toda la comitiva, se dijo: «Adiós mi dinero, ya me lo temía».

Cuando llegaron a la casa, Antonio llamó.

—Petra, saca el saquito de botones sin asa, que son de estos señores.

Petra, haciéndose la distraída, dijo.

—¿Qué es eso de botones sin asa?

—Mira, Petra, sabemos que eres muy lista, pero a nosotros no nos engañas, venimos a que nos le entregues, y si te empeñas en disimular te llevaremos presa.

Petra, sin asustarse, ni mucho menos, dijo al guardia:

—Ustedes, sin duda, sufren un error, y eso lo sufren por el bruto de mi marido, que es un alcornoque, y parece mentira que usted que lo conoce haga caso de sus majaderías, y para que se convenza verán ustedes.

Y encarándose con su marido, le dijo:

—¿Cuando me has entregado tú ese saquito?

Antonio contestó sin vaeilar:

—El día que por la noche llovieron buñuelos.

Los que oyeron esto se quedaron asombrados. Petra, aprovechando la admiración, volvió a preguntar:

—¿Cuando han llovido buñuelos, Antonio? Dínoslo, porque nosotros no lo sabemos.

—No lo sabréis porque seréis tontos, pero yo sé que llovieron buñuelos el día que la borrica decía misa.

Así que los señores y guardias oyeron esto, se fueron de allí más corridos que una mona.

Ya veis como el ingenio de Petra la valió para quedarse con las monedas, y así demostró ser más lista que Cardona.

J. HIJOSA JIMÉNEZ.

DESDE LA CONCHA,.. DEL APUNTADOR

Una noche en Venecia.

LA última obra del poeta Eduardo Marquina es una producción algo incoherente, fría, sin nervio y sin pasión, encubierta con el disfraz de un bello lenguaje, un bello decorado (menos el de la taberna pretenciosa e inútilmente diabólica), y de una indumentaria muy bella. Pero una obra de esas de las que se dice que en ellas no ocurre nada.

Mas su lenguaje es indudablemente afortunado y excepcional,

Sin embargo, y aún sólo por oír sus versos, por recrear la vista, merece la pena de salir de casa en estas noches desapacibles e ir hasta el callejón de San Ginés. siquiera los que escuchan y sienten con todos sus sentidos padezcan terriblemente al ser testigos de la deplorable, lamentabilísima interpretación.

Se les ocurrirá, seguramente, este calificativo un poco rudo: «¡Qué bárbaros!» ¡Qué manera de destrozar las rimas de una comedia tan bella, aunque a través de sus escenas «no ocurra nada», teatralmente hablando!

Ni Catalina Bárcena, ilustre actriz, maravilla de intérprete... de otras obras, se salva del reproche. Los suspiros tan repetidos, la vacilación, la duda al tender las manos, y el gesto apropiado para planificar, pero nunca en aquella alma fuerte, mujer valerosa y tenaz, cuya voluntad triunfa de la venganza de un justicia del Dux.

Luego, el galán señor Martori, hablando siempre con énfasis, matizando lo mismo la escena del juego en el acto primero, que la escena cumbre del tercero, o la «romanza» del acto final.

Estos graves defectos indican falta de estudio y de comprensión del personaje. No es posible representar siempre a tono brillante.

Josefina Santaularia muy bella, muy bien ataviada...; pero, ¡Cristo de las Angustias!, qué manera de decir los versos. «¿Cómo es posible—nos preguntamos—que una de las mejores compañías teatrales de España interprete de una forma tan abominable, con esa falta de responsabilidad...; como si su director no fuera hombre ilustre que ha obtenido triunfos justísimos?

El señor Collado discreto en un papel que no tenía por qué interpretar mejor. Es él un galán joven cómico de talento, que cuando deje de ser joven podrá ser un genérico excelente.

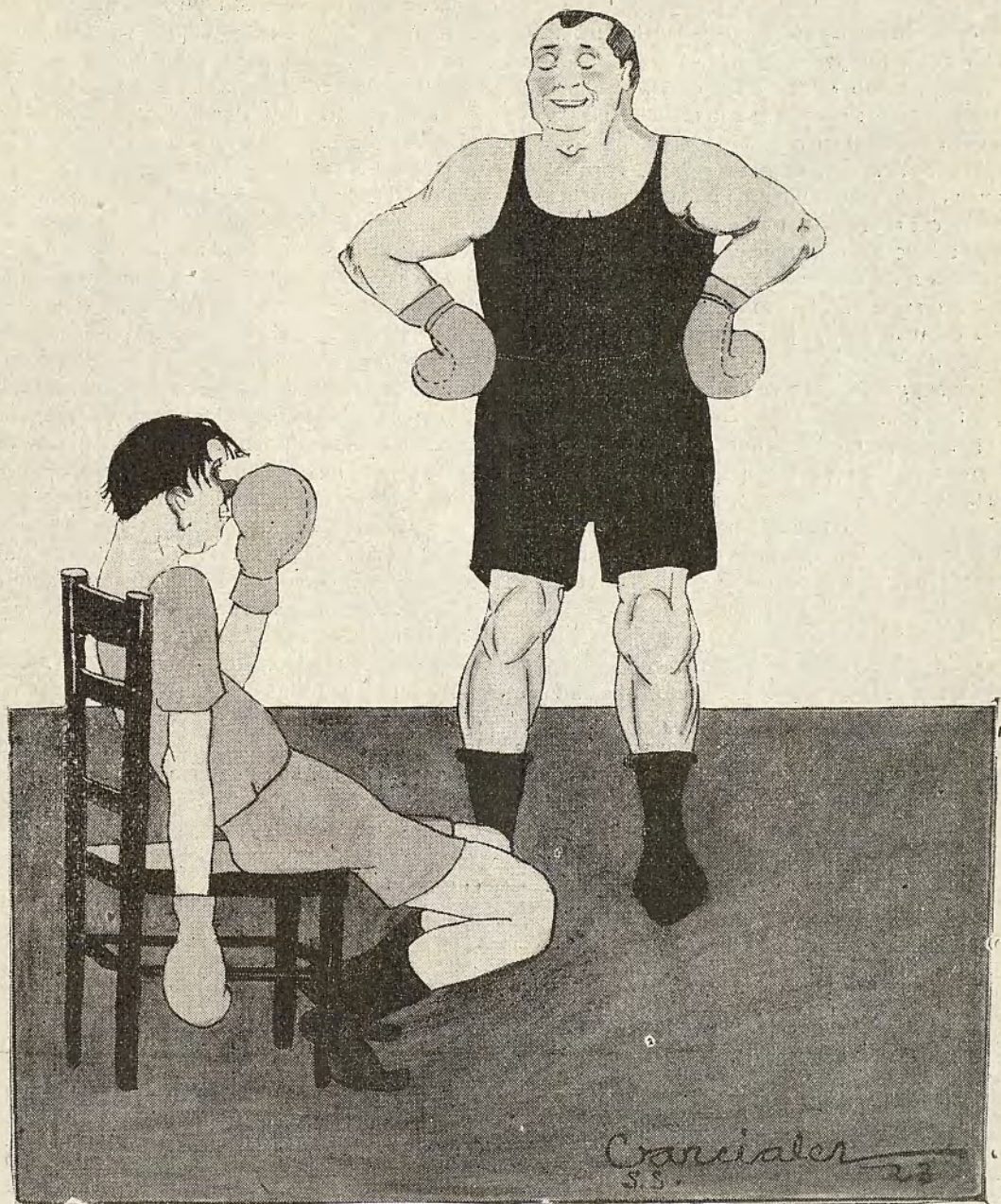
¿Y el señor Gabaldón con su dicción precipitada y sus paseos vivos, como si esperase a la novia y ésta tardase en acudir a la cita.

Muy bien Milagros Leal, que está presente en el escenario durante los cuatro actos para pronunciar sus buenas 32 palabras, pero escuchando y componiendo la figura, bien, bien, bien. Ahora que la huida del cuarto acto, con aquella ascensión precipitada, resulta fea, fea, fea.

Carlos Martínez Baena, magnífico. El triunfo suyo al comprender y componer su tipo. Un estudio de actor de talento; y, sobre todo, el descubrimiento de unas posibilidades dignas de señalarse.

La cabeza admirable, prodigiosa. La escena bien sostenida. En fin, en aquella escena (única en que él interviene), el solo actor que se dio cuenta de lo que hacia. ¿Verdad, señor Marquina?

Por el que vá, corre y oye...
EDUARDO M. DEL PORTILLO



— Parece que se sonríe usted.
 — ¡Como que tiene usted cada golpe! ..

Dibujo de GARCIALEZ.

LOS HOMBRES MODESTOS

AMARGO fin, más amargo que el café sin azúcar, han tenido los políticos españoles.

¡Y que ya no quedan! Es decir, quedan aún unos cuantos; poquitos, a los cuales no les llega la camisa al cuerpo.

Y que el caso no es para menos, porque hay qué ver los procedimientos que emplean los señores del Directorio. Nada, que se duerme usted hecho todo un personaje, y amanece como si se hubiera acostado con niños; y lo viciversa también se suele dar: hay quien se tumba en el quicio de una puerta y se levanta hecho una personita.

¡Como que la cosa va en serio; más en serio que un drama!

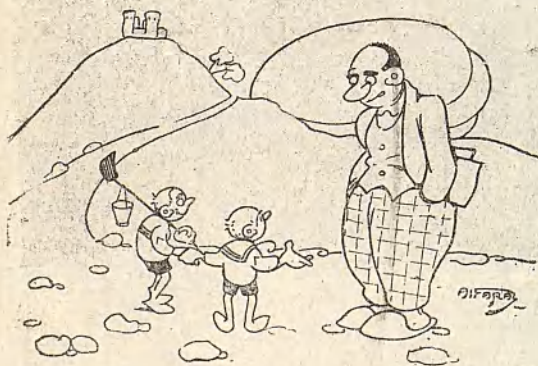
¡Caray, ya era hora que en este bendito país llegara la hora de que los hombres modestos ocuparan los cargos importantes!

Así es, que yo que soy un hombre modesto, no quiero decir, a ustedes, como me pongo en cuanto me entero de que van a disolver tal o cual cosa.

Bueno, pues si les cuento lo que me ocurrió cuando disolvieron al Ayuntamiento, se van a quedar más viejos que la Loreto, llamándome embustero.

Y el caso que es la pura verdad: más pura que la leche que nos dan los lecheros madrileños; más pura que la «Chelito».

Léan ustedes lo ocurrido, y mediten si un hombre como yo, de reconocido talento—aunque lo disimulo muy bien—, no es digno de lástima.



—Bueno, niños; a ver si jugando os vais y os perdeis.

—No tengas cuidado, papá, que sólo vamos a jugar al monte.

Dibujo de ALFARAZ.

Enterarse un servidor, de que licenciaban a los concejales, y empezarme a trepitar el corazón como el motor de un automóvil, fué todo la misma cosa. Todo se me volvía rogar a la Corte celestial que se acordaran de mí. «Santa Rita—decía yo—, que me den una vara; San Cucufate, que me hagan concejal; San Sisebuto, que soy hombre modesto.

Pero, sí, sí; la Corte celestial me hacía el mismo caso, que nosotros hacemos a los acreedores que nos inoporlunan con sus visitas.

Mis hijos, tenían la orden de que, cuanto oyesen llamar, acometiesen la «Marcha real», con los tambores y cornetas que, al efecto, tenían preparados. Toda mi familia esperaba con tremebunda ansiedad, la llegada del personaje que había de irarme el nombramiento para ocupar el altísimo cargo de concejal. Pasamos en esa situación un minuto, dos minutos, tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos, seis minutos...; y así, hasta sesenta que tiene la hora; luego transcurrió una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas, cinco horas...; y cuando al sonar la séptima, mi desesperación era mayor que la de Espronceda, sonó el timbre y los chiquillos acometieron una hidrófoba «Marcha real».

Y aquí viene lo interesante; lo que ustedes van a decir en cuanto lo lean—si es que han tenido la paciencia de seguir saboreando tan aburrida prosa—: «¡Pero, qué tío más embustero! ¡Habrás visto; y con qué descaro nos quiere colocar la historia!»

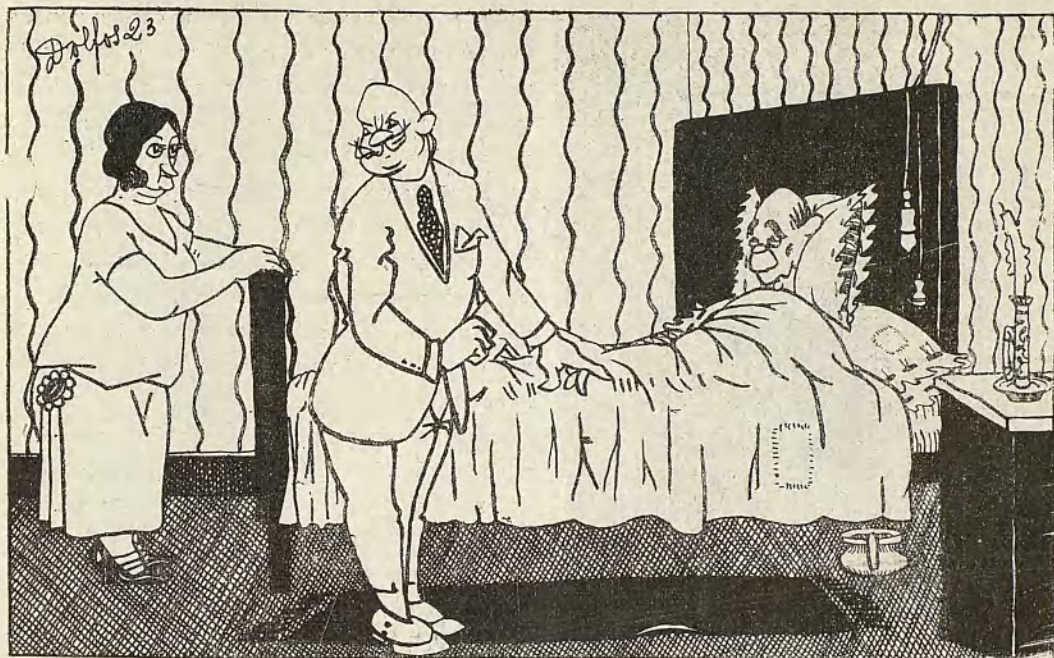
Decía yo, y vuelvo a decir, que estábamos en el principal—mentira, yo vivo en un segundo,



Decididamente es usted un héroe, don Próspero, llegar a los ciento setenta kilos de peso.

—Pero ahora estoy bajando algo.

Dibujo de FONTELA.



EL MÉDICO.—El señor ministro curará; yo se lo aseguro.

LA SEÑORA.—¿Qué tratamiento precisa usted darle?

EL MÉDICO.—(Distráido). Vucencia.

Dibujo de DOLFOS

por lo tanto, estábamos en un segundo—capítulo del emocionante caso, cuando al abrirse la puerta de mi despacho y creer que iba a aparecer la gallarda figura de Primo de Rivera, apareció otro «primo»; pero menudo primo: el panadero, nada menos, que cuando oyó a los niños decirle, que pasara al despacho de papá, creyó el iluso que era para pagarle cierta cuentecilla que tenemos pendiente.

¡Vamos, hombre, que no sé cómo no le tiré un fintero a la cabeza! Bueno, yo sí sé por qué no se lo tiré, y no se lo tiré, porque cuando se enteró de la equivocación sufrida, con una vara que traía, me empezó a dar una de palos; ¡que vaya ífo, si no me lo quitan..., me mata!

Hago gracia—quiero decir, que dispenso a mis lectores de una gran parte de mi relato, no que les haga alegrarse el rostro—, al lector, de proseguir contándoles los íteres que pudimos hacer. Solamente añado, que cuando pidan algo a los santos, especifiquen bien la demanda, porque yo pedí una «vara», y me dieron con una vara.

¡Que no suele ser igual, ni muchísimo menos!

VALENTIN LOSMOZOS

EL QUESO DE BOLA

A mi incurable superstición—lamentó nuestro amigo Simplicio Calabacín, un pobre diablo que no tenía donde caerse muerto—debo el no ser a estas horas rico, riquísimo. ¡millonario!

Incitado a seguir hablando, Calabacín, más compungido que un político del antiguo régimen, prosiguió:

—Verán ustedes. Yo he sido siempre muy supersticioso y muy desgraciado a la vez. Indudablemente, esta desgracia mía es debida a que, al darme a luz mi madre (que en gloria esté), hubo de asistirle un comadrón, tuerto del ojo izquierdo, según luego me dijeron. No desesperaba yo, sin embargo, de llegar a deshacer el maléficio. Nosotros, los supersticiosos, tanto creemos en la influencia de ciertas personas y de ciertas cosas para lo bueno, como para lo malo. Por ejemplo: si derramásemos el aceite o encontramos en la calle un entierro negro, son siniestros presagios; no puede dudarse, en cambio, cuán-



—¡Y que digan que esto es un tendío de sombra!...

Dibujo de GARCIALEZ.

to atrae la buena sombra el hecho de que vuele a nuestro alrededor un moscón azul, o tocarle la joroba a un cheposo.

Por mi parte, desde que aquél maldito tuerto me franqueó, un mal día, la entrada en este bajo mundo, todos los moscones azules huyen de mí como huyen de las suegras los yernos; sólo los negros, esos asquerosos y fatídicos moscones negros, parecen perseguirme hasta en sueños. Me quedaba, pues, el recurso del jorobado, tocarle la chepa a un jorobado. Mas, ¡ay!, que mi carácter tímido y mi innata cobardía impidíanme realizar lo que de seguro podría atraerme la felicidad.

Un día, no obstante, llegada a lo imposible mi situación; desahuciado por todas las patronas de Madrid, sin comer caliente, y casi puedo decir que ni frío, en algún tiempo—pues que tenía heridos de muerte, a fuerza de sablazos, a todos mis amigos—, convertida, en fin, mi indumentaria, por la profusión de sietes, en una verdadera aritmética..., hube de sacar fuerzas de flaqueza, armarme de valor..., todo antes que continuar durmiendo al raso, medio muerto de

hambre y exhibiendo mis flácidas carnes por los innúmeros rotos de mi americana, color ala de mosca, y de mis pantalones, que más parecían la hoja de parra puesta de moda por nuestro padre Adán en el Paraíso... *Audaces Fortuna juvat*, pensé con don Publio Virgilio; y así decidido, la Suerte, empezó a mostrármese propicia. Una señora rica y —¡rara casualidad!—caritativa, me hizo un donativo de varios duros (cantidad para mí fabulosa), justamente el importe de un décimo de la lotería de Navidad, próxima a la sazón.

Corrí presuroso a adquirir aquél, y más presuroso, aún, díme a la busca de mi jorobado... que no tardó en ponerse ante mi vista. Era un individuo de aspecto repugnante y sospechoso. Yo, sin pensar que pudiera abofetearme, matarme tal vez, fuí a él, le eché los brazos a la espalda como en un cariñoso saludo y, mientras resregaba sobre su enorme chepa el número 15.851 —¡capicúa!—, dije, para disimular:

—¡Calla! ¡Tú eres Godínez!; ¡mi querido Godínez!... ¿No me recuerdas?... Sí, hombre: Simplicio Calabacín..., tu camarada de colegio...

—No, caballero—protestaba él, advirtiéndome la maniobra—. Yo no soy «lo» que usted se figura.

Apenas pronunciadas estas significativas palabras, por debajo de su chaqueta cayó un gran queso de bola... que, seguramente, acababa de robar.

No sé qué pasó después. Sólo recuerdo que horas más tarde, en la misma casa de socorro, a donde me llevaron accidentado, rompí el décimo en pequeñísimos pedazos.

La mañana víspera de Nochebuena apareció escrito en las pizarras de los periódicos el 15.851, ¡premiado con el gordo!...

Desde entonces—terminó el pobre diablo de Calabacín, entre hipo de llanto—, desde entonces, créanlo ustedes, aborrezco el queso de bola tanto, como al endemoniado tuerto que en mal hora, ¡ay!, me franqueó la entrada en este bajo, en este miserable, en este cochino mundo.

A. GONZALEZ-RIGABERT



El mundo en pelota



El desastre del domingo. Partido de campeonato entre el Madrid, F. C. y el Unión Sporting Club.

Que el Stadium Metropolitano es un magnífico campo de «foot-ball», es un hecho! ¡Que Lloveras es un hacha arbitrando, es una verdad evidente! Y que Sacristán, el defensa del Unión, es un bárbaro jugando, no necesitamos decirlo, porque de ello, estamos todos plenamente convencidos.

A las órdenes de Lloveras, se alinean los equipos sacando los «merengues» que en rápidas combinaciones, ponen en peligro la portería del Unión. Monjardín, pasa a Félix Pérez, que remata magistralmente, consiguiendo el primer tanto para el Madrid. ¡Félix, eres el jugador más grande de la región!; por algo te llaman el futuro internacional y si no te estropean, llegarás a ser el emperador del «foot-bal» universal.

El Unión juega con violencia, defendiéndose difícilmente, de los ataques del Madrid. El internacional Juanito, corre con el balón pasándose a las defensas, y casi en la línea de «penalty», «atiza» un tiro rápido que entra en la portería. Lo que nos extraña, es que Monjardín, tenga tanto vello en las piernas, porque corre que se las pela. El juego se hace más aburrido que un discurso del señor Maura, pues a los «goals» del Madrid, sigue un peloteo insufrible.

El Guadarrama, sopla, y los jugadores están más fríos que un carámbano; a nuestro entender, lo único que falta en el Stadium, es una buena calefacción. Sacristán, da una carga a Félix Pérez, y ambos caen de bruces en el mullido césped; no es raro, porque siempre les gustó tirarse al verde; la sacudida ha sido bárbara, y Félix resulta lesionado, por lo que es conducido por sus compañeros; lesión que le impide continuar jugando. El público, silba a Sacristán, y nosotros, por no ser menos, también silbamos. ¡Este Sacristán, es un mastodonte! El árbitro castiga con un «penalty», que Quesadita convierte en «goals», haciendo el tercer tanto para los madrileños.

Los cangrejos sufren los rápidos avances del

Madrid, en los cua'es, Monjardín, hace su magnífico y característico juego de cabeza. ¿Qué tendrá este chico en el «torrao»? El guardameta del Unión, hace el ridículo con sus frecuentes salidas a destiempo, y en una de las cuales, Valderrama, muy oportuno, lanza un «school», haciendo el cuarto «goa s» para su equipo.

De la sierra, viene un gris que fastidia el cut's (¡vaya frascecita elegante!), y esto, nos obliga a elevar el cuello del sobretodo. Termina el primer tiempo.

* * *

El segundo tiempo es con seguridad, la cosa más desastrosa que se registra en los anales de la historia futbolística, y el incesante peloteo por ambas partes nos demuestra la apatía de que se hallan poseídos los jugadores. El firmamento se oscurece, y la caída de agua de las alturas, nos demuestra que llueve, lo que sentimos porque nos mojamos, que es lo único que nos molesta de la lluvia. Muñagorry, que se encuentra un poco internado, vuelve a despertar el entusiasmo de los espectadores haciendo el quinto tanto. El Unión se multiplica, pues quie e «mojar» a todo trance, pero aquí lo único que moja es la lluvia; intentan varias escapadas peligrosas que permiten a Escobal lucir sus habilidades de valiente y de bruto.

La mitad del público se marcha aburrido, y por fin el tío del pito (persona que nos escama con tanto piterreo) da la pitada final, terminando el encuentro con la victoria del Madrid por 5/0.

* * *

En todo el partido han dominado los madrileños, que han jugado bien y lealmente, dando una lección a los «unionistas», que han jugado violentamente y con desilusión.

POCHOLO

Recordamos a los Clubs que no se duerman en el envío de los pases. Stadium, delantera de pista (vamos prospe-rando); 2-XII-1923.

CUPÓN NÚMERO

42

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.
(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

Se han puesto a la venta las magníficas tapas en tela, con estampaciones de oro, para encuadernar el primer semestre de LA RISA, al precio de **DOS PESETAS**.

El semestre, completamente encuadernado con estas tapas, vale **CUATRO** pesetas.

Se encuadernan en el acto.

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

TEÓFILO CÁMARA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BILBAO
DE LA RISA, PANCHO KOLATE Y
Biblioteca de LA RISA
:: :: Solvencia metálica. :: ::

Lea usted todos los domingos la gran
revista infantil

PANCHO KOLATE

VEINTE CÉNTIMOS

Historietas, cuentos, aventuras, concursos,
regalos, etc.

¡GRAMOFONISTAS!

MAGNÍFICOS ALBUMS PARA CO-
LECCIONAR LOS DISCOS DE GRA-
-:- MÓFONOS. MUY PRÁCTICOS -:-

Venta en — CASAS DE APARATOS DE
TODA ESPAÑA Y PLAZA
DEL CONDE DE BARAJAS, 5.—MADRID

En la Administración de **LA RISA**
SE ADMITEN ANUNCIOS
- A ESTE TAMAÑO A -
— CINCO PESETAS —

TAPAS PARA ENCUADERNAR
EL PRIMER SEMESTRE DE

— **LA RISA** —

SE ENCUADERNA EN EL ACTO
TODO CUATRO PESETAS

Regalo a nuestros nuevos
suscriptores

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 14,40 pesetas para los de Madrid, provincias, y América, y de 19,20 para los del Extranjero

Quedan muy pocas.

: TALLERES DE ENCUADERNACIÓN :
— **VIUDA DE YAGÜES** —

MONTADO CON TODOS LOS ADELANTOS
PARA LA ENCUADERNACIÓN DE GRANDES
EDICIONES :: PRECIOS SIN COMPETENCIA

PLAZA CONDE DE BARAJAS, 5 TELÉF. 44-99 M.
:: :: MADRID :: ::



MATATIEMPOS



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Cada solución tendrá también que venir acompañado de cupón.

Soluciones a los matatiempos publicados en los números 51, 52, 53 y 54.

- Números 96.—Tomate.
97.—Veinte en espadas.
98.—Ensenada.
99.—Venir de tiros largos.
100.—Descaro.
101.—Petrogrado.
102.—Tenedor.
103.—Camiseta.
104.—Confía en mí.
105.—Ramona.
106.—El fin del mundo.
107.—Caravaca.
108.—Matatiempos.
109.—Cuatro números y un cabo.
110.—Entretenido.
111.—Desechadas.
112.—Antracita.
113.—Revuelta.
114.—Entre col y col, lechuga.

Han remitido soluciones exactas a más de diez matatiempos los señores siguientes:

- D. Emilio Riñón, de Madrid.
Luis Campuzano, de Madrid.
Juan José Pérez, de Vitoria.
Luis Montánchez, de Barcelona.
José López Matallana, de Cartagena.
Antonio Salado Oria, de Ríola.
Pedro García Salvador, de Zaragoza.
Ciríaco Algaba Larrad, de Cádiz.

Habiendo correspondido el premio de veintiocho pesetas a D. Luis Montánchez, que puede recoger el premio en nuestras oficinas a las horas de Caja durante el mes actual.

Lea usted todos los domingos la gran revista infantil PANCHO KOLATE VEINTE CÉNTIMOS

Historietas, cuentos, aventuras, concursos, regalos, etc.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año	14,40

Extranjero.

	Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....		4,80
Semestre.....		9,60
Año		19,20

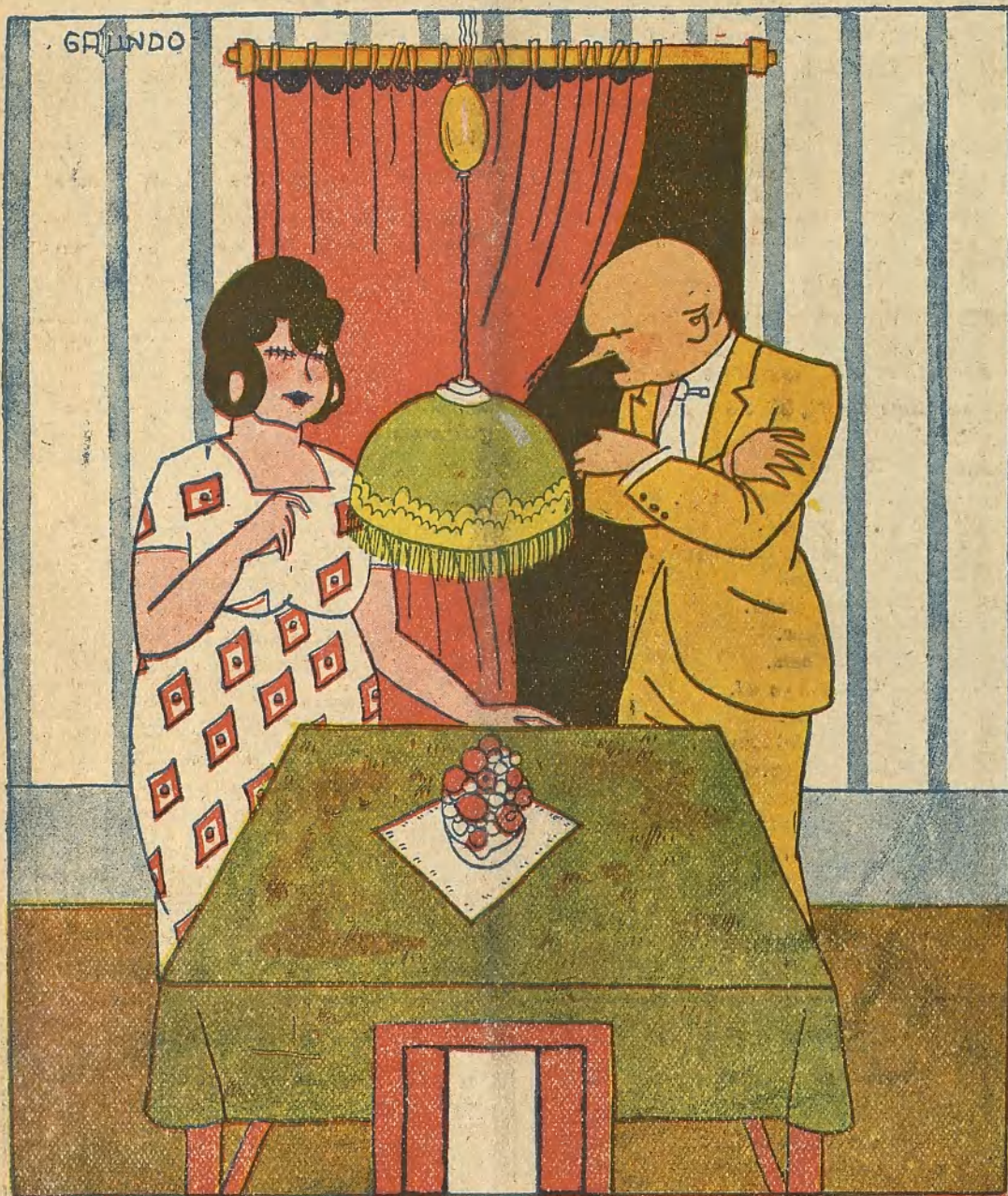
Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002

Tip. Yagües.—Madrid.

LA RISA



—Estoy harto ya de ver el tapete siempre lleno de manchas, y esto se va a acabar muy pronto.

—¡Por Dios, Rubidio, no te alteres!

—¡No! Si es que desde mañana aquí va a haber hule.

Dibujo de GALINDO.